

PAUL RICŒUR

HISTORIA Y VERDAD



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 1955
Segunda edición en francés, 1964
Tercera edición en francés, 1967
Primera edición en español FCE Argentina, 2015

Ricœur, Paul
Historia y verdad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2015.
419 p. ; 21x14 cm. - (Filosofía)

Traducido por: Vera Waskman
ISBN 978-987-719-071-7

1. Filosofía de la historia. I. Waskman, Vera, trad.
CDD 901

Armado de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Histoire et Vérité*
ISBN de la edición original: 978-2-02-041094-6
© 1955, 1964, 1967, Éditions du Seuil

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-071-7

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

<i>Prefacio a la primera edición (1955)</i>	11
<i>Prefacio a la segunda edición (1964)</i>	25

Primera parte

VERDAD EN EL CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA

I. <i>Perspectivas críticas</i>	29
Objetividad y subjetividad en historia	29
La historia de la filosofía y la unidad de lo verdadero	53
Nota sobre la historia de la filosofía y la sociología del conocimiento	71
Historia de la filosofía e historicidad	77
II. <i>Perspectivas teológicas</i>	95
El cristianismo y el sentido de la historia	95
El <i>socius</i> y el prójimo	115
La imagen de Dios y la epopeya humana	130

Segunda parte

VERDAD EN LA ACCIÓN HISTÓRICA

I. <i>Personalismo</i>	155
Emmanuel Mounier: una filosofía personalista	155
II. <i>Palabra y praxis</i>	193
Verdad y mentira	193
Nota sobre el deseo y la tarea de la unidad	225

Sexualidad. La maravilla, la errancia, el enigma	231
Trabajo y palabra	244
III. <i>La cuestión del poder</i>	271
El hombre no violento y su presencia en la historia.	271
Estado y violencia	284
La paradoja política.	300
Civilización universal y culturas nacionales.	329
Previsión económica y elección ética	346
IV. <i>Potencia de la afirmación</i>	365
Verdadera y falsa angustia	365
Negatividad y afirmación originaria	386
<i>Nota sobre el origen de los textos</i>	415
<i>Índice de nombres</i>	417

A Roger Mehl

PRIMERA PARTE

VERDAD EN EL CONOCIMIENTO
DE LA HISTORIA

I. PERSPECTIVAS CRÍTICAS

OBJETIVIDAD Y SUBJETIVIDAD EN HISTORIA

El problema propuesto es ante todo un problema de metodología que permite retomar por la base las preguntas propiamente pedagógicas de coordinación de las enseñanzas; pero por detrás de este problema pueden advertirse y retomarse filosóficamente los “*intereses*” más importantes puestos en juego por el conocimiento histórico. Tomo prestado de Kant el término interés: en el momento de resolver las antinomias de la razón —entre ellas, la de la causalidad necesaria y la causalidad libre—, se detiene para pesar los intereses puestos en la balanza por una u otra posición; se trata, desde luego, de intereses propiamente intelectuales o, como dice Kant, “del interés de la razón en ese conflicto con ella misma”.

Debemos proceder de la misma manera con la aparente alternativa que se nos propone; los intereses diversos están representados por estos dos términos: objetividad, subjetividad, *expectativas* de diferente calidad y de diferente orientación.

Esperamos de la historia una cierta objetividad, debemos partir de la objetividad que le conviene y no del otro término. Ahora bien, ¿qué esperamos bajo ese título? La objetividad aquí debe tomarse en su sentido epistemológico estricto: es objetivo aquello que el pensamiento metódico ha elaborado, puesto en orden, comprendido y aquello que puede así hacer comprender. Esto es cierto de las ciencias físicas, de las ciencias biológicas; también es cierto de la historia. Esperamos, por consiguiente, de la historia que haga acceder el pasado de las sociedades humanas a esa dignidad de la objetividad. Eso no quiere decir que esa objetividad sea la de la física o de la biología: existen tantos niveles de objetividad como comportamientos metódicos. Esperamos,

entonces, que la historia añade una nueva provincia al imperio variado de la objetividad.

Esta espera implica otra: esperamos del *historiador* una cierta calidad de *subjetividad*, no una subjetividad cualquiera, sino una subjetividad que sea precisamente apropiada a la objetividad que conviene a la historia. Se trata, pues, de una subjetividad *implicada*, implicada por la objetividad que se espera. En consecuencia, presentimos que existe una subjetividad buena y una mala, y esperamos distinción de la buena y la mala subjetividad por el ejercicio mismo del oficio de historiador.

Eso no es todo. Bajo el título de subjetividad esperamos algo más grave que la buena subjetividad del historiador; esperamos que la historia sea una historia de los hombres y que esta historia de los hombres ayude al lector, instruido por la historia de los historiadores, a edificar una subjetividad de alto rango, la subjetividad no solo de mí mismo sino del hombre. Pero este interés, esta espera de un paso —por la historia— de mí al hombre, ya no es exactamente epistemológica, sino filosófica en sentido propio, porque lo que esperamos de la lectura y de la meditación sobre las obras del historiador es, por cierto, una *subjetividad de reflexión*. Ese interés ya no concierne al historiador que escribe la historia, sino al lector —en particular al lector filosófico—, el lector en quien termina todo libro, toda obra, por su cuenta y riesgo.

Este será nuestro recorrido de la objetividad de la historia a la subjetividad del historiador; de una y de otra a la subjetividad filosófica (para emplear un término neutro que no prejuzga sobre el análisis ulterior).

El oficio de historiador y la objetividad en historia

Esperamos de la historia una cierta objetividad, la objetividad que le conviene; la manera en que la historia nace y renace nos lo prueba; procede siempre de la *rectificación* del ordenamiento oficial y pragmático de su pasado por las sociedades tradicionales. Esta

rectificación corresponde al espíritu de la rectificación que representa la ciencia física respecto del primer ordenamiento de las apariencias en la percepción y en las cosmologías tributarias de ella.¹

Pero ¿quién nos dirá qué es esta objetividad específica? El filósofo no tiene lecciones para darle al historiador; el ejercicio mismo de un oficio científico es lo que instruye al filósofo. Debemos escuchar, primero, al historiador cuando reflexiona acerca de su oficio, pues él es la medida de la objetividad que conviene a la historia, del mismo modo que es ese oficio el que da la medida de la buena y la mala subjetividad que implica esa objetividad.

“Oficio de historiador”: todo el mundo sabe que ese título es el que Marc Bloch añadió a su *Apologie pour l'histoire* (*Apología para la historia*). Este libro, por desgracia inconcluso, contiene sin embargo todo lo necesario para plantear los primeros cimientos de nuestra reflexión. Los títulos de los capítulos de método —observación histórica, crítica, análisis histórico— no nos dejan duda: marcan las etapas de una objetividad que se construye.

Hay que estar agradecido a Marc Bloch por haber llamado “observación” al acercamiento al pasado por parte del historiador: retomando la palabra de Simiand, que denominaba a la historia un “conocimiento por las huellas”, muestra que esa aparente servidumbre de no estar nunca ante su objeto pasado, sino ante su huella, no descalifica de ningún modo a la historia en tanto ciencia: la aprehensión del pasado en sus huellas documentales es una *observación* en el sentido fuerte de la palabra; porque observar no significa nunca registrar un hecho bruto. Reconstituir un acontecimiento o, mejor, una serie de acontecimientos, o una situación, o una institución, a partir de documentos, es elaborar una conducta de objetividad de un tipo propio, pero irrecusable: pues esta re-

¹ Se ha demostrado en tiempos recientes que Tucídides —distinguiéndose de Heródoto— está animado por la misma pasión de causalidad rigurosa que Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, por la misma búsqueda del principio de movimiento que la física presocrática. Este principio de movimiento lo busca en las sociedades humanas, del mismo modo que los físicos en las cosas de la naturaleza.

constitución supone que el documento sea interrogado, forzado a hablar; que el historiador vaya al encuentro de su sentido, arrojando una hipótesis de trabajo; esta investigación eleva la huella a la dignidad de documento significativo y eleva el pasado mismo a la dignidad de hecho histórico. El documento no era documento antes de que el historiador haya pensado en hacerle una pregunta y, de esa misma manera, el historiador instituye, por así decir, un documento hacia atrás y a partir de su observación; y de este modo, instituye hechos históricos. En este sentido, el hecho histórico no difiere en lo fundamental de los otros hechos científicos, de los que Canguilhem decía, en una confrontación parecida a esta: "El hecho científico es lo que la ciencia hace al hacerse". Eso es la objetividad: una obra de la actividad metódica. Por eso esta actividad lleva el bello nombre de "crítica".

Hay que estar agradecido, en segundo lugar, a Marc Bloch por haber llamado "análisis", y no ante todo síntesis, a la actividad del historiador que busca *explicar*. Tiene mil veces razón al negar que el historiador tenga como tarea "restituir las cosas tal como ocurrieron". La historia no tiene la ambición de hacer *revivir*, sino de re-componer, re-constituir, es decir, de componer, de constituir un encadenamiento retrospectivo. La objetividad de la historia consiste, precisamente, en esa renuncia a coincidir, a revivir, en esa ambición de elaborar encadenamientos de hechos al nivel de una inteligencia historiadora. Y Marc Bloch subraya qué enorme porción de abstracción supone un trabajo semejante; pues no hay *explicación* sin constitución de "series" de fenómenos: serie económica, serie política, serie cultural, etc.; en efecto, si se pudiera identificar, reconocer una *misma* función en los acontecimientos *otros*, no habría nada que comprender; solo hay historia porque ciertos "fenómenos" continúan: "En la medida en que su determinación se opera de lo más antiguo a lo más reciente, los fenómenos humanos se ordenan ante todo por cadenas de fenómenos semejantes; clasificarlos por géneros es, entonces, poner al desnudo líneas de fuerza de una eficacia capital" (p. 74). Solo hay síntesis histórica porque, en primer lugar, la historia es un análisis y no una

coincidencia emocional. Como todo otro sabio, el historiador busca las relaciones entre los fenómenos que ha distinguido. Se insistirá todo lo que sea necesario *a partir de allí* sobre la necesidad de comprender los conjuntos, los lazos orgánicos que exceden toda causalidad analítica; se opondrá, entonces, tanto como sea necesario, comprender y explicar. Sin embargo, no se puede hacer de esta distinción la clave de la metodología histórica; como dice Marc Bloch: “Este trabajo de recomposición no podría venir sino después del análisis. Digámoslo mejor: no es más que la prolongación del análisis como su razón de ser. En el análisis primitivo, contemplado antes que observado, ¿cómo se habrían discernido las relaciones, puesto que nada estaba distinguido?” (p. 78).

La comprensión no es pues lo opuesto de la explicación, a lo sumo es el complemento y la contraparte. Lleva la marca del análisis —de los análisis— que la ha hecho posible. Y conserva esa marca hasta el final: la conciencia de época que el historiador, en sus síntesis más vastas, procurará reconstituir se alimenta de todas las interacciones, de todas las relaciones en todos los sentidos que el historiador ha conquistado por medio del análisis. El hecho histórico total, el “pasado integral”, es propiamente la *idea reguladora* de este esfuerzo. No es algo inmediato; nada es más mediato que una totalidad: es el producto de una concepción ordenadora que expresa el esfuerzo más alto de puesta en orden de la historia por el historiador; es, para hablar otro idioma (más científico), el fruto de la “teoría”, en el sentido en que se habla de la “teoría física”.

En consecuencia, ninguna “concepción ordenadora” abarcará toda la historia: una época sigue siendo un producto de análisis; la historia no propondrá nunca a nuestra comprensión sino “partes totales” (para hablar como Leibniz), es decir, “síntesis analíticas” (para retomar una expresión audaz de la *Deducción trascendental* de Kant).

Así, de un lado al otro, la historia es fiel a su etimología: es una “investigación”, ἵστορία. No es, en primer lugar, una interrogación ansiosa sobre nuestra desalentadora historicidad, sobre nuestra manera de vivir y de fluir en el tiempo, sino una *réplica* a esa con-

dición “histórica”: una réplica por la *elección de la historia*, por la elección de un cierto *conocimiento*, de una voluntad de comprender racionalmente, de edificar aquello que Fustel de Coulanges llamaba la “ciencia de las sociedades humanas” y que Marc Bloch llama una “empresa razonada de análisis”.

Esta intención de objetividad no está limitada a la crítica documental, como lo cree un positivismo estrecho; anima inclusive las grandes síntesis; su racionalismo aproximado es de la misma raza que el de la moderna ciencia física, y la historia no tiene por qué tener respecto de él ningún complejo de inferioridad.

La objetividad de la historia y la subjetividad del historiador

En relación con este oficio de historiador —y por tanto, en relación con esta intención y con esta empresa de objetividad— debemos ahora situar la crítica contemporánea que, desde hace medio siglo, viene insistiendo en el rol de la subjetividad del historiador en la elaboración de la historia.

En efecto, me parece que no se puede considerar esta subjetividad en sí misma sin conocer en primer lugar lo que hace: a saber, precisamente una empresa razonada de análisis. La prudencia quiere, entonces, que procedamos a la manera de la tradición reflexiva, es decir, que busquemos esa subjetividad en su intención, en su empresa, en sus obras. No hay tampoco física sin físicos, es decir, sin ensayos y errores, tanteos, abandonos, encuentros singulares. La revolución copernicana de Kant no consistió en una apotheosis de la subjetividad de los sabios, sino en el descubrimiento de esa subjetividad que hace que haya objetos. Reflexionar sobre la subjetividad del historiador es buscar de la misma manera qué subjetividad se pone en práctica en el oficio de historiador.

Pero si existe un problema propio del historiador, este corresponde a los rasgos de la objetividad que todavía no hemos mencionado y que hacen de la objetividad histórica una objetividad incompleta comparada con la que se alcanza, al menos de manera

aproximada, en las otras ciencias. Presentaré estos rasgos sin intentar atenuar, al mismo tiempo, los contrastes aparentes entre esta nueva etapa de la reflexión y la precedente.

1. El primer rasgo se refiere a la noción de elección histórica; de ninguna manera hemos agotado el sentido al decir que el historiador elige la racionalidad misma de la historia. Esta elección de la racionalidad implica otra elección, en el trabajo mismo del historiador; esta otra suerte de elección se vincula con eso que podría llamarse el *juicio de importancia*, que rige la selección de acontecimientos y factores. La historia a través del historiador solo retiene, analiza y relaciona los acontecimientos importantes. Aquí es donde la subjetividad del historiador interviene en un sentido original respecto de la del físico, bajo la forma de esquemas interpretativos. Por consiguiente, es aquí donde la calidad del interrogador interesa en la selección misma de los documentos interrogados. Más aún, el juicio sobre la importancia, al eliminar lo accesorio, crea una continuidad: lo vivido está descosido, lacerado de insignificancia; el relato está ligado, es significativo por su continuidad. Así, la racionalidad misma de la historia depende de este juicio de importancia que carece, sin embargo, de un criterio seguro. Tiene razón Raymond Aron sobre este punto cuando dice que la “teoría precede a la historia”.

2. Además, la historia es tributaria en grados diversos de una *concepción vulgar de la causalidad*, según la cual la causa designa a veces “el fenómeno que ocurrió en último lugar, el menos permanente, el más excepcional en el orden general del mundo” (Marc Bloch); otras veces, una constelación de fuerzas de evolución lenta; otras, una estructura permanente. En este sentido, la obra de Braudel —*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*—* marca una fecha desde el punto de vista del método, por su esfuerzo por

* Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1953. [N. de la T.]

desenmarañar y ordenar esas causalidades: plantea, primero, la acción permanente del marco mediterráneo; luego, las fuerzas particulares, pero relativamente constantes de la segunda mitad del siglo xvi; por último, el flujo de los acontecimientos. Este esfuerzo por escalonar las causalidades está en línea con la empresa de objetividad de la historia. Pero esta puesta en orden seguirá siendo siempre precaria, porque la composición total de causalidades poco homogéneas, ellas mismas instituidas y constituidas por el análisis, plantea un problema casi insoluble. De todas maneras, entre las causalidades que entran en la composición, es preciso incorporar motivaciones psicológicas, siempre salpicadas por una psicología del sentido común.

El sentido mismo de la causalidad que utiliza el historiador sigue siendo a menudo ingenuo, precrítico, fluctuante entre el determinismo y la probabilidad: la historia está condenada a *usar*, de manera concurrente, varios esquemas de explicación, sin haber reflexionado acerca de ellos y sin haber distinguido, quizá, condiciones que no son determinaciones, motivaciones que no son causaciones, causaciones que son solo campos de influencia, facilitaciones, etcétera.

En suma, el historiador “práctica” modos de explicaciones que exceden su reflexión; eso es natural: la explicación es operada, actuada, antes de ser poseída de manera reflexiva.

3. Un nuevo rasgo de esta objetividad incompleta corresponde a lo que podría llamarse el fenómeno de “distancia histórica”; comprender racionalmente es intentar reconocer, identificar (Kant llamaba a la síntesis intelectual una síntesis de reconocimiento en el concepto). Ahora bien, la tarea de la historia es nombrar lo que ha cambiado, lo que es abolido, lo que fue *otro*. La vieja dialéctica de lo *mismo* y de lo *otro* resurge aquí; el historiador de oficio la reencuentra bajo la forma muy concreta de las dificultades del lenguaje histórico, en particular de la nomenclatura: ¿cómo nombrar y hacer comprender en el lenguaje contemporáneo, en la lengua nacional actual, una institución, una situación abolidas, sino usando similitudes funcio-

nales que se corregirán luego por diferenciación? Evoquemos tan solo las dificultades que se vinculan a las palabras *tiranía, servidumbre, feudalidad, Estado*, etc. Cada una da cuenta de la lucha del historiador por una nomenclatura que permita a la vez identificar y especificar; por esa razón, el lenguaje histórico es necesariamente *equivoco*. El tiempo histórico viene a oponer aquí, a la inteligencia integradora, su propia obra desintegradora, su disparidad. El historiador no puede escapar a esta naturaleza del tiempo, donde, desde Plotino, hemos reconocido el fenómeno irreductible del alejamiento de sí, el estiramiento, la distensión, en suma, la alteridad original.

Estamos en una de las fuentes del carácter “in-exacto”, e incluso no “riguroso” de la historia; el historiador no se encuentra nunca en la situación del matemático que nombra y, al nombrar, determina el contorno mismo de la noción: “Llamo línea a la intersección de dos superficies...”.

Por el contrario, lo que hace las veces de esta actividad primordial de denominación por la cual una ciencia exacta se pone frente a su objeto es una cierta aptitud del historiador para extrañarse, para transportarse como por hipótesis a otro presente; la época que estudia es considerada por él como el presente de referencia, como el centro de perspectiva temporal: hay un futuro de ese presente, que está hecho de la espera, de la ignorancia, de las previsiones, de los temores de los hombres de entonces y no de lo que nosotros sabemos que ocurrió; también hay un pasado de ese presente, que es la memoria de los hombres de otro tiempo, y no de lo que nosotros *sabemos* de su pasado. Ahora bien, ese traslado a otro presente, que tiene que ver con el tipo de objetividad de la historia, es una especie de *imaginación*; una imaginación temporal, si se quiere, puesto que otro presente es re-presentado, re-portado al fondo de la “distancia temporal” —“en otro tiempo”—. Por cierto, esa imaginación marca la entrada en escena de una subjetividad que las ciencias del espacio, de la materia y las ciencias naturales dejan fuera. Inclusive es un don raro saber *acercar* a nosotros el pasado histórico, restituyendo al mismo tiempo la *distancia* histórica, más aún: insinuando, en el ánimo del lector, una conciencia de alejamiento, de profundidad temporal.

4. Por fin, último rasgo, pero no menor, último rasgo decisivo: la historia quiere explicar y comprender en última instancia a los *hombres*. El pasado del que nos alejamos es el pasado humano. A la distancia temporal se añade, entonces, esa distancia específica que corresponde al hecho de que el otro es otro hombre.

Volvemos a encontrar aquí el problema del pasado integral, pues lo que los otros hombres vivieron es, precisamente, lo que el historiador procura restituir por la totalidad de la red de relaciones causales. Así pues, lo que impone la tarea de comprensión integral es el carácter humano inagotable del pasado. Lo que intenta recuperarse en una reconstrucción siempre más articulada, en síntesis analíticas siempre más diferenciadas y más ordenadas, es la realidad absoluta de lo vivido por los seres humanos en el pasado.

Ahora bien, hemos dicho que ese pasado integral de los hombres de otro tiempo era una *idea*, el límite de una aproximación intelectual. Hay que decir también que es el término anticipado por un esfuerzo de simpatía que es mucho más que el simple traslado imaginativo a otro presente, que es un verdadero traslado a otra vida de hombre. Esta simpatía está en el comienzo y en el final de la aproximación intelectual de la que hablamos; inicia el trabajo del historiador a la manera de una primera inmediatez; opera entonces como una afinidad solícita respecto del objeto estudiado; renace como una última inmediatez al término de un largo análisis; el análisis razonado es como la etapa metódica entre una simpatía inculta y una simpatía instruida.

Por esa razón, una voluntad de *encuentro* así como una voluntad de *explicación* animan la historia. El historiador va a los hombres del pasado con su experiencia humana propia. El momento en que la subjetividad del historiador toma un relieve sobrecogedor es aquel en que, más allá de toda cronología crítica, la historia hace surgir los valores de vida de los hombres de otros tiempos. Esta evocación de los valores, en definitiva, la única evocación de los hombres accesible para nosotros, que no podemos revivir lo que ellos vivieron, no es posible si el historiador no está vitalmente interesado en esos valores y no tiene una profunda afinidad con

ellos; no se trata de que el historiador deba compartir la fe de sus héroes; rara vez haría historia sino una apologética, casi una hagiografía; pero debe ser capaz de admitir de manera hipotética su fe, lo que es una manera de entrar en lo problemático de esa fe al tiempo que se la “suspende”, que se la “neutraliza” como fe profesada de hecho.

Esta adopción suspendida, neutralizada, de la creencia de los hombres de otra época es la simpatía propia del historiador; lleva a su máxima expresión lo que llamábamos más arriba la imaginación de otro presente por transferencia temporal; esa transferencia temporal es también un traslado a otra subjetividad, adoptada como centro de perspectiva. Esta necesidad atañe a la situación radical del historiador: el historiador forma parte de la historia, no solo en el sentido banal de que el pasado es el pasado de su presente, sino en el sentido de que los hombres del pasado forman parte de la misma humanidad. La historia es entonces una de las maneras en que los hombres “repiten” su pertenencia a la misma humanidad; es un sector de la comunicación de las conciencias, un sector escindido por la etapa metodológica de la huella y del documento, por tanto, un sector distinto del diálogo en que el otro *responde*, pero no un sector por completo escindido de la intersubjetividad total, la cual permanece siempre abierta y en debate.

Tocamos aquí esa otra frontera donde la objetividad de la historia hace aflorar la subjetividad misma de la historia y ya no tan solo la subjetividad del historiador.

Antes de dar este nuevo paso, miremos hacia atrás y hagamos un balance.

¿Estas consideraciones echan a perder nuestro primer ciclo de análisis sobre la objetividad histórica? ¿Esta intrusión de la subjetividad del historiador marca, tal como se pretendió, “la disolución del objeto”? De ninguna manera: solo especificamos el tipo de objetividad que surge del oficio de historiador, la objetividad histórica entre todas las objetividades; procedimos, en suma, a la *constitución* de la objetividad histórica como correlato de la subjetividad historiadora.

Por esa razón, como contrapartida, la subjetividad puesta en juego no es una subjetividad *cualquiera*, sino precisamente la subjetividad *del* historiador: el juicio de importancia, el complejo de esquemas de causalidad, la transferencia a otro presente imaginado, la simpatía por otros hombres, por otros valores y, finalmente, esa capacidad de encontrarse con otro de otro tiempo, todo eso confiere a la subjetividad del historiador una mayor riqueza de armónicos de la que implica, por ejemplo, la subjetividad del físico. Pero esa subjetividad no es sin embargo una subjetividad *a la deriva*.

No se dijo nada cuando se dijo que la historia es relativa al historiador. Porque *¿quién* es el historiador? Así como el objeto percibido es relativo a lo que Husserl llama el cuerpo ortoestético, es decir, a una sensorialidad normal, el objeto científico es siempre relativo a un espíritu recto; esa relatividad no tiene nada que ver con cualquier forma de relativismo, con un subjetivismo del querer-vivir, de voluntad de poder o de lo que sea. La subjetividad de historiador, como toda subjetividad científica, representa la victoria de una buena subjetividad sobre una mala subjetividad.

Después del gran trabajo de la crítica filosófica que alcanzó su punto extremo con el libro de Raymond Aron, es necesario quizá plantear ahora la pregunta: ¿cuál es la *buena* y la *mala* subjetividad? Tal como lo reconoce Henri Marrou, que acoge sin embargo ampliamente a la escuela crítica, en un nivel superior —en el nivel de esa “historia a la vez ampliada y llevada en profundidad”— se vuelven a encontrar los valores a los que el positivismo atribuía un sentido estrecho pero auténtico: “El progreso (en el método científico) se efectúa por la superación y no por reacción: solo en apariencia refutamos la validez de los axiomas del método positivista; siguen siendo válidos, a su nivel, pero la discusión se sitúa un paso más adelante: cambiamos de espira”.² El positivismo no superaba

² Henri-Irénée Marrou, “De la logique de l’histoire a une éthique de l’historien”, en *Revue de Métaphysique et de Morale*, año 54, núm. 3-4, 1949, p. 257. Manifiesto aquí mi acuerdo sustancial con el libro de Henri-Irénée Marrou, *De la connaissance historique*, París, Seuil, 1954 [trad. esp.: *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Books, 1999].

el nivel de la crítica documental; su modelo físico, por otro lado, era pobre y sin demasiada relación con la física de los físicos. Pero más allá de su fetichismo del hecho —ya falso en la física, donde tampoco existen hechos que salten a la vista—, el positivismo nos recuerda que ni el juicio de importancia, ni la teoría, ni la imaginación temporal, ni mucho menos la simpatía dejan librada la historia a cualquier locura subjetiva; esas disposiciones subjetivas son dimensiones de la objetividad histórica misma.

Después de haber dicho, y bien dicho, que la historia *refleja* la subjetividad del historiador, hay que decir que el oficio de historiador *educa* la subjetividad del historiador. La historia hace al historiador tanto como el historiador hace la historia. Mejor: el oficio de historiador hace la historia *y* al historiador. En otra época se oponía la razón al sentimiento, a la imaginación: hoy en día los reintroducimos de una cierta manera en la racionalidad, pero como contrapartida, la racionalidad por la que optó el historiador hace que la fractura pase al corazón mismo del sentimiento y de la imaginación, escindiendo lo que llamaría un yo de *investigación* de un yo *patético*: el yo de los resentimientos, de los odios, de los requisitorios. Escuchemos una última vez a Marc Bloch: “Comprender no es juzgar”. El viejo adagio: *sine ira nec studio* no vale solo en el nivel de la crítica documental; el sentido se vuelve solo más sutil y más precioso en el nivel de la síntesis más alta. Por otra parte, no hay que dejar de señalar que ese yo patético no es necesariamente el que fulmina; también puede ser la aparente “apatía” de la hipercrítica, que denigra toda grandeza reputada y deprecia todos los valores que encuentra; esa rabia intelectual pertenece al yo patético del mismo modo que la pasión política desviada del combate político contemporáneo y remitida hacia el pasado.

No hay, pues, historia sin una *ἐποχή* de la subjetividad cotidiana, sin la intuición de ese yo de investigación del que la historia saca su bello nombre. Porque la *ἰστορία* es, precisamente, esa “disponibilidad”, esa “sumisión a lo inesperado”, esa “apertura a otro”, en la que es superada la mala subjetividad.

Así se termina este primer ciclo de reflexiones: la objetividad nos había aparecido en primer lugar como la intención *científica* de la historia; ahora marca la distancia entre una buena y una mala subjetividad del historiador: la definición de la objetividad ha pasado de ser “lógica” a ser “ética”.

La historia y la subjetividad filosófica

¿Una reflexión acerca de la subjetividad en historia acaso se agota por estas consideraciones acerca de la subjetividad del *historiador*, por esa separación, en el *historiador* mismo, de una subjetividad de investigación y de una subjetividad pasional?

Recordemos nuestro punto de partida y los “intereses” múltiples comprometidos en la historia: todavía esperamos de la historia que haga aparecer otra subjetividad además de la del historiador que hace la historia, una subjetividad que sería aquella misma de la historia, que sería la historia misma.

Pero quizá ya no corresponde al oficio de historiador, sino al trabajo del lector de historia, del amante de la historia como somos todos y que el filósofo tiene razones particulares para ser. Pues la historia del historiador es una obra *escrita* o enseñada que, como toda obra escrita y enseñada, no se termina sino en el lector, en el alumno, en el público. Esta “*recuperación*”, por parte del lector filósofo, de la historia tal como está escrita por el historiador plantea los problemas que vamos a transitar a continuación.

Dejaré por completo de lado el uso de la historia como entretenimiento, como placer de escuchar y leer cosas “singulares”, como un exotismo en el tiempo; aun cuando, lo hemos visto, ese movimiento de distancia de sí pertenezca a la conciencia histórica y sea, en este sentido, la etapa necesaria de un uso más filosófico, porque si la historia no nos produjera un extrañamiento, ¿cómo encontraríamos por medio de ella una subjetividad menos egoísta, más mediata y, en una palabra, más humana? Tampoco, menos aún, hablaré de la historia como fuente de preceptos: incluso cuando la toma de

conciencia de la que vamos a hablar sea una recuperación de los valores surgidos a lo largo de la historia y sirva de alguna manera para instruirnos, o si no reducimos el uso principal de la historia a esa preocupación didáctica. La historia nos instruye más bien de manera suplementaria, cuando la tomamos como corresponde.

Consideraré aquí, entonces, exclusivamente el uso que el *filósofo* puede hacer de la historia de los historiadores: el filósofo tiene una manera propia de terminar en sí mismo el trabajo del historiador; esa manera propia consiste en hacer coincidir su *propia* “toma” de conciencia con un “retomar” o “recuperar” la historia.

No oculto que esta reflexión no concuerda con todas las concepciones de la filosofía; creo sin embargo que vale para todo el grupo de filosofías que pueden llamarse de manera amplia reflexivas, ya sea que tengan su punto de partida en Sócrates, en Descartes, en Kant o en Husserl. Todas esas filosofías están a la búsqueda de la *verdadera* subjetividad, del *verdadero* acto de conciencia. Lo que debemos descubrir y redescubrir sin cesar es que el itinerario del *mí* al *yo*³ —que llamaremos toma de conciencia— pasa por una cierta meditación acerca de la historia y que ese desvío de la reflexión por la historia es una de las maneras, la manera filosófica, de concluir en el lector el trabajo del historiador.

Esta culminación de la historia de los historiadores en el acto filosófico puede ser continuada en dos direcciones: en dirección de una “lógica de la filosofía” por la búsqueda de un sentido coherente a través de la historia; en dirección de un “diálogo” cada vez singular y cada vez exclusivo, con filósofos y filosofías individualizadas.

1. La historia como “advenimiento” de un sentido

Sigamos la primera pista, la de Comte, de Hegel, de Brunschvicg, de Husserl al final de su vida, de Éric Weil; a pesar de las diferencias

³ Al *Yo* y al *Nosotros*. Pero es lo mismo, porque se trata de la *primera* persona: en singular y en plural.